

ppi 201502ZU4645

Esta publicación científica en formato digital es continuidad de la revista impresa
ISSN-Versión Impresa 0798-1406 / ISSN-Versión on line 2542-3185 Depósito legal pp
197402ZU34



CUESTIONES POLÍTICAS

Instituto de Estudios Políticos y Derecho Público "Dr. Humberto J. La Roche"
de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Políticas de la Universidad del Zulia
Maracaibo, Venezuela



Vol.39

Nº 70

2021

¿Educar o evitar el pensamiento? Un análisis sobre el lenguaje y el poder

DOI: <https://doi.org/10.46398/cuestpol.3970.21>

Marcela Karina Imaicela-Reyes *

Resumen

Desde la perspectiva de ensayo, este artículo es una lectura analítica, pero sobre todo hermenéutica, de las relaciones que ha mantenido la educación con el pensamiento, el lenguaje y el poder. La investigación está sustentada, en primer lugar, en una documentación rigurosa y sistemática, para luego pasar a la selección de aquellos textos que, a juicio de la autora, tienen mayor pertinencia con la temática y que, además, representan los planteamientos nucleares de Michel Foucault y Edgar Morín. Se detallan y analizan los argumentos de estos dos autores, como arduos críticos de la pedagogía clásica, sus actores y estrategias.

Se concluye que, en ambos autores hay un esfuerzo por encontrar los hilos del poder que sostienen en la periferia, algunos discursos, propios de una educación que cuestiona la racionalidad dominante y que postulan formas de pensar diferentes, como pueden ser: una arqueología del saber al estilo de Foucault o el pensamiento complejo propuesto por Morín.

Palabras Claves: Educar; pensar; lenguaje; poder; complejidad.

Educate or avoid thinking? An analysis of language and power

Abstract

From the perspective of essay, this article is an analytical, but above all hermeneutic, reading of the relationships that education has maintained with thought, language, and power. The research is based, in the first place, on a rigorous and systematic documentation, and then move on to the selection of those texts that, in the opinion of the author, have greater relevance to the subject and that, in addition, represent the nuclear approaches of

* Licenciada en Ciencias de la Educación, Mención Lengua y Literatura. Dirección: Unidad Educativa Pucará, Azuay - Ecuador. Código postal: EC 010 650. Teléfono: (593) 7 243 2129. ORCID ID: <https://orcid.org/0000-0002-9676-0471>. Email: famamig2020@gmail.com

Michel Foucault and Edgar Morín. The arguments of these two authors are detailed and analyzed, as arduous critics of classical pedagogy, its actors, and strategies. It is concluded that, in both authors, there is an effort to find the threads of power that sustain in the periphery, some discourses, typical of an education that questions the dominant rationality and that postulate different ways of thinking, such as: an archaeology of knowledge in the style of Foucault or the complex thought proposed by Morín.

Keyword: Educate; think; language; power; complexity.

Introducción

“El lenguaje es, como saben, el murmullo de todo lo que se pronuncia, y es al mismo tiempo ese sistema transparente que hace que, cuando hablamos, se nos comprenda; en pocas palabras, el lenguaje es a la vez todo el hecho de las hablas acumuladas en la historia y además el sistema mismo de la lengua”.

-Michel Foucault-

Se entiende que entre educación y sociedad existan desde sus orígenes unos nexos genéticos indisolubles, pues, el quehacer educativo es, en esencia, socializador. Lo que es discutible, y de allí partimos, es que educar, implique colocar ciertos dispositivos de poder en acción, un poder que regula, que restringe y que delimita los espacios, tanto de las formas en que se relacionan las personas, como de aquello que está permitido decir o callar. Desde esa perspectiva, asumimos una posición filosófica y crítica para abordar preguntas sobre este tema que es pluriforme y controversial: ¿Desde dónde y para que se educa en esta sociedad? ¿Qué lugar ocupan, en ese proceso, el lenguaje y el poder?

La modernidad es, en tanto, una fábrica de criaturas sociales que se agrupan a partir de ciertas prácticas y discursos sociales, los cuales, a su vez, posicionan las formas del lenguaje. La finalidad de ese posicionamiento puede ser variable, pero sin duda tiene que ver con el ejercicio del poder, un poder sobre la vida, un poder que trasciende lo político y se re-crea en cada una de las relaciones que es posible tejer en sociedad. Lenguaje y poder, aparecen entonces entrelazados, fusionados podríamos decir, para preformar las subjetividades que se activan en la interacción de los seres humanos.

De esta forma, podemos agregar que nuestro análisis, tiene un carácter dialectico y hermenéutico. Se quiere visibilizar, y hacer visible, con la ayuda metodológica y teórica de intelectuales como Foucault y Morín, esa madeja social que se va formando con, desde y por el lenguaje. Leyendo desde esta

perspectiva, la educación se erige, no como una actividad desde la cual los individuos o, los ciudadanos, objetivan sus aspiraciones sociales; sino como un nicho en dónde pensamiento es recortado, de acuerdo con las medidas esnobistas que impone una determinada actualidad.

Así, este estudio se plantea como objetivo general: “interpretar la relación entre educación, pensamiento, lenguaje y poder, desde la perspectiva del análisis de discurso y el pensamiento complejo”. El punto de partida es un registro de algunas nociones filosóficas y teóricas, en cuanto a lo que significa la educación, sus aristas y sus mediaciones discursivas; pasando por las implicaciones que el acto de educar tiene con las formas de producción de pensamiento, mediado por el lenguaje; hasta llegar a la interpretación de las múltiples relaciones entre el educación, lenguaje y poder teniendo como referencias principales, los planteamientos de Michel Foucault y Edgar Morín. La praxis metodológica, se estructura desde el arqueo documental de algunos textos representativos de la temática, hasta su hermenéutica crítica para construir algunas líneas de desarrollo a posteriori.

1. La educación como criatura socio-política “ilustrada”

Se ha convertido en un lugar común afirmar entre sociólogos, educadores y científicos sociales en general que enfrentamos una época de incertidumbre. Que hoy en nuestro mundo nada es simple o sencillo. Que los problemas que genera la sociedad actual requieren una manera de pensar totalmente novedosa para la cual la gran mayoría de nosotros no fue formada. Educar para el tercer milenio es, no solo formar para enfrentar nuevas situaciones sino preparar para una vida de cambios permanentes pues, “Desde una dimensión social, la educación puede operar como un medio tanto de control como de transformación” (Guzmán, 2014:110).

Ahora bien, enfocada desde la complejidad que representa, la educación no es, ni de lejos, una actividad lineal en la que unos individuos enseñan a otros con menos experiencia, a vivir en sociedad. Por el contrario, pareciera que, desde la Ilustración francesa, existe una connivencia entre quienes educan y quienes gobiernan para que los educandos, sean propulsores de la sociedad que “conviene”. No en vano, una de las alianzas más fuertes que mantuvo la educación moderna en sus inicios fue con la religión, más concretamente, con la Iglesia Católica, de hecho, en palabras de Illicachi (2014), desde la egida religiosa se delinean las subjetividades que interactúan en aquel naciente mundo moderno que nace con el Siglo de las Luces.

La Ilustración, aparece entonces, como el marco contextual de una cosmovisión novedosa que, al tiempo que requiere nuevos guiones y actores, los promueve y los determina. En ese contexto, la teología enmarca

el proceso de socialización, aun cuando no lo parezca, es decir, la presencia de la iglesia se traduce en prácticas y discursos que se reproducen de forma que los individuos los internalizan en sus interacciones con el entorno y con los demás. En la sociedad que se consolida en ese proceso socio-histórico y los progresos de la racionalidad científica, surgen para imponer una nueva visión del mundo que toma distancia de los preceptos divinos. El sujeto moderno que se engendra allí se conecta rápidamente con los dispositivos culturales del cambio, a saber, La Ciencia y la Educación.

El discurso social acerca de la necesidad del progreso permea cada uno de los espacios sociales que se construyen alrededor de esa pareja dialéctica que constituyen la ciencia y la fe. Si bien, en apariencia existe allí una contradicción ontológica, lo cierto es que la sociedad moderna termina por ser la consecuencia de lo que ambas representan para el ser moderno. La organización social, política y económica de la sociedad se articula alrededor de esa idea. Los sistemas educativos que comienzan a generarse con la Modernidad están orientados por una cosmovisión que coloca a la educación al servicio de los procesos de socialización política y cultural, esto es, se piensa y se diseña una educación para la racionalización moderna de la sociedad, se construyen desde ella las fidelidades necesarias para la consolidación del cambio cultural ilustrado.

El cambio social operado en ese contexto representa un verdadero hito histórico que viene a consolidar cada una de las criaturas de la modernidad. Es así como se puede hablar de una Ciencia Moderna, una Familia Moderna, un Estado Moderno, y, por supuesto, una Educación Moderna, esta última, convertida en el centro neurálgico de construcción de las realidades sociopolíticas para que, ese “sujeto moderno” que también emerge en ese contexto sea “formateado” axiológicamente para “integrarse” o, en su defecto, ser integrado.

1.1. Algunas aproximaciones al “acto de educar”

Dado que uno de nuestros intereses en este artículo, tiene que ver con la relación entre lenguaje y educación, parece lógico acercarse a esta última a través de lo que las palabras transmiten. Como diría Foucault (2002), el discurso encierra y promueve prácticas, las palabras nunca son neutras, sino que están siempre llenas de contenido y son excelentes para “decir” pero también para “dejar de decir”. Así para ocuparnos de la relación entre educación y sociedad, ocupémonos un momento de “educar” y socializar; sus significados, sus precisiones, pero también sus imprecisiones porque de eso se trata el lenguaje.

Etimológicamente la palabra “Educar”, significa enseñar, adoctrinar, formar, instruir; de manera más amplia, desarrollar las facultades intelectuales y morales (Acosta, 2016). Varias cosas que destacar aquí: si

se toma literalmente este significado, educar sería casi como amaestrar. Las personas serían “amaestrables” en la medida en que aprendieran a reaccionar de manera similar, instintiva casi, frente a ciertos estímulos, en tanto, la educación se encargaría de preparar a las personas para repetir y repetir hasta la eternidad ciertas actitudes y las mismas soluciones aun cuando los problemas sean distintos. Algo así hacen los animales ante los imponderables que se le presentan en su cotidianidad, reaccionan de la forma en que están genéticamente preparados o han sido amaestrados.

La situación no mejora, si se asume que educar sinónimo de adoctrinar. El adoctrinamiento alude a una acción para inducir: lo que se debe hacer y lo que se debe decir. Instruir o adoctrinar colocan a la educación como el instrumento para que el ser humano aprenda solo algunas respuestas ante preguntas previamente determinadas, tal y como los animales aprenden a camuflarse y defenderse frente a enemigos centenarios de una única y sola manera.

Cuando se examina la palabra “socializar”, las certidumbres son menores aún. La definición literal de esta palabra puede aludir a compartir información o bienes, y también puede sugerir un proceso mediante el cual se incorpora un individuo a la vida social. Este último significado, es el más cercano a lo que se pretende en este estudio, pues la conexión entre las dos palabras empieza a asomarse. Si al educar, adiestramos, es lógico que ese adiestramiento se haga pensando en ciertos roles que le tocara jugar a quien se adiestra, y si ese adiestramiento o como se ha llamado también adoctrinamiento implica aprenderse ciertas respuestas ante futuras preguntas es cuando menos adecuado que se tome en cuenta las características de la vida social para que el “adiestrado” tenga éxito.

En esta cadena de circunstancias la educación se termina transformando en un mecanismo de la socialización. ¿Es esto correcto? Nos referimos por supuesto al nexo genético y conflictivo entre educar y socializar. Dos preguntas pueden formularse al respecto: ¿La socialización crea sus mecanismos de reproducción, entre ellos el educativo?, lo cual implicaría que la educación es una criatura social o, ¿La educación representa un tránsito necesario para la socialización del individuo?, lo que significaría defender la tesis, según la cual toda socialización, es el resultado de un proceso educativo.

A simple vista este dilema quedaría resuelto, si quien responde, adopta un determinado enfoque teórico, desde donde evaluar la relación entre educación y sociedad. Si se acepta que somos estamos determinados por las estructuras sociales, es lógico concluir que la educación nos “formatea” para un tipo de sociedad específica. Si nos consideramos determinantes como individualidades y, eventualmente libres para realizar nuestro albedrío, la educación sería una más de las criaturas sociales. A nuestro entender, la cosa no es tan sencilla porque el ser humano y, la sociedad en general, nunca

podrán ser leídos en blanco y negro. La sociedad está llena de matices, y la relación entre sociedad y educación se encuentra sometida a esos matices de manera que no hay forma de alcanzar la verdad al respecto sino, en el lenguaje de Foucault, cierto “régimen de verdad” (Castro, 2016).

2. Sinuosidades entre educar y pensar

En este análisis se comparten dos premisas teóricas fundamentales, la de Michel Foucault acerca de las sociedades disciplinarias y de control, y el planteamiento de Edgar Morín sobre la necesidad de reinventar la educación impulsando el pensamiento complejo. Metodológicamente, esto implica una lectura a dos manos pero que pretende ser complementaria. Ambos autores se bifurcan en una gran cantidad de relecturas que colocan en el foco de atención; por el lado de Foucault, al poder que se reproduce en las prácticas disciplinarias, incluyendo la educación y, en el caso de Morín; la fragmentación que sirve para invisibilizar ciertas formas de pensar contestatarias.

2.1. Foucault: pensar entre el saber y el poder

La amplitud temática de este filósofo francés, controvertido por demás, es una dificultad para traerlo a una discusión que solo se ocupe de la relación entre educar y pensar. Para Foucault, comprender el funcionamiento de la educación moderna, requiere asumir una actitud crítica frente a la sociedad de control que esta sustenta. En las sociedades tradicionales, suele afirmar este autor, la normatización de los individuos pasaba por el castigo del cuerpo frente a la desobediencia. Las sociedades actuales han sustituido el castigo del cuerpo por el castigo del alma (Urraco et al, 2013).

¿Desde dónde y, quienes “castigan el alma”? Se puede interpretar que esta tarea está en manos de los especialistas, es decir, aquellos que, en la sociedad moderna, están habilitados para juzgar y establecer los criterios de la verdad. Entre esos especialistas, bien pueden contarse a los maestros, los educadores en general que, a partir de su discurso y sus prácticas de poder en el aula, regulan “las palabras y las cosas”. Precisamente es así como pueden ubicarse los vínculos que conectan el saber y el poder. Los sistemas educativos que comienzan a generarse con la Modernidad están orientados por una cosmovisión que coloca a la educación al servicio de los procesos de socialización política y cultural, esto es, se piensa y se diseña una educación para la racionalización moderna de la sociedad, se construyen desde ella las fidelidades necesarias para la consolidación del cambio cultural que el poder requiera.

Los educandos aprenden a pensar, orientados por el poder que, indudablemente no les enseñará a pensar en su contra. El poder del

educador cimenta una determinada cultura política y, promueve en este sentido, una gama de dispositivos reproductores del poder que solo posibilitan la transformación que el mismo poder requiera. El estado moderno no es, por tanto, un aparato inerte de funcionamiento meramente administrativo sino, por el contrario, un entramado complejo de guiones, escenarios y actores cuya dinámica resulta en la configuración de la cultura política. “El poder produce saber, y el saber está atravesado por relaciones de poder” (Díaz et al, 2017: 44).

Esa constante confrontación entre quienes gobiernan y quienes educan, muchas veces se resuelve en alianzas que favorecen el ejercicio del poder, pero, en otras ocasiones, tensa aún más los procesos que definen la dominación encubierta a través de la educación. Esto, sin embargo, no implica una ruptura entre cultura política y cultura educativa puesto que ambas se nutren por igual del proyecto de la modernidad. Así las cosas, la necesidad de interpelar el poder político para poder impulsar cambios en la educación, pasa por insubordinar el pensamiento. Si lo que existe es un adoctrinamiento, en el sentido clásico que esta palabra tiene, una rebelión educativa debe articularse con un re-pensamiento del “acto de educar”. Esa rebelión del pensamiento incluye un cuestionamiento de la autoridad del especialista-docente que, en su rol de agente de la dominación, recorta y acorta, el saber para que el aprendiz, solo piense, lo que al poder le conviene que piense.

Es, en ese contexto, casi filosófico del pensamiento educativo, en el que el planteamiento de Foucault, alerta sobre el poder desmedido que adquirió la institucionalización del saber. En ese proceso, el sujeto moderno termina objetivado, de manera que pierde su sensibilidad para detectar la dominación y la manipulación. Su capacidad para leer la realidad es también modelada por el uso de un vocabulario que las fuerzas de la autoridad imponen. Expresiones como “crisis sistémicas”, “reformas sistémicas”, “entropías sistémicas”; buscan robustecer la imagen de una sociedad que solo atraviesa el malestar propio de la evolución o el desarrollo. El sujeto socializado desde la institución escolar está impedido para insurgir contra aquellos que le han formado, es decir contra sus creadores (Conforti, 2017).

2.1.1. ¿Pensar desde el lenguaje o, a pesar de él?

Si hay un tema esencialmente Foucaultiano, ese es el lenguaje. Sus formas transformadas en discurso, sus prácticas y sus tensiones, forman parte de esa caja de herramientas a la que este autor se refería con frecuencia (Foucault, 1970). Es el estudio del lenguaje lo que, finalmente lo conduce al análisis de lo que él llama “formaciones discursivas”, desde esa categoría, el autor se adentra en el análisis “...de los asuntos oscuros de la sociedad, las cuestiones sórdidas de la humanidad, el lado inconfesable y oculto de los procesos colectivos e históricos” (Rodríguez, 1995:164). La institución

educativa forma el pensamiento para que sus lecturas de la realidad sean inteligibles para el individuo, por tanto, este aprende a nombrar y conceptualizar, casi siempre en términos de una sociedad de control.

Al descifrar las “oscuridades” del acto de educar, Foucault nos conduce al análisis de las relaciones invisibles entre saber y poder. La mayoría de las acciones de control social: recluir, encarcelar, hospitalizar, reprimir; comienzan a ser edificadas desde el lenguaje. La palabra alineada en los discursos de la medicina, del derecho y de la sexualidad, por nombrar tres de las áreas más estudiadas por el autor; sirve para producir y reproducir las prácticas del poder. De aquí se puede deducir que la institucionalización del saber, que encarna la educación moderna puede ser considerada una práctica del poder. Las palabras son también una forma de sujeción que limita a los aprendices a ser autónomos, aunque a veces, ellos crean serlo.

Los “actos del habla”, son, en esta perspectiva, acciones prácticas que consolidan los procesos mediante los cuales los sujetos interactúan y actúan en contra de los otros. Mediante la internalización de las palabras y los conceptos, las personas crean las relaciones con los demás, incluso sus relaciones con los objetos. En pleno siglo XXI, por ejemplo, muy pocas personas ignoran lo que es un celular y cuáles son sus “funciones”. Pero si, por un acto de magia, traemos a una persona de 30 años atrás y le mostramos uno, seguramente se asombrará porque no lo tiene registrado en sus, ni como discurso ni como práctica. Podemos decir entonces, como lo hacen Bethencourt *et al*, (2006), que las palabras, el lenguaje, en definitiva, está cargado de significados relacionales.

En esta línea de reflexión, ir en contra de lo que se enseña en la institución educativa, requiere una alta dosis de independencia que no siempre aparece entre los educandos. Su posición de subordinación es, a un tiempo, una forma de relación que le ha sido enseñada, desde la práctica social y, sobre todo, desde la praxis discursiva. La educación es una discursiva y su análisis no puede prescindir del “sujeto que habla”. Es la figura de ese sujeto lo que determina el camino de los “sujetos hablados”, el hombre objetivado que, en el proceso educativo adquiere nomenclatura propia, y se convierte en un nuevo especialista, un juez, un guardián de las verdades que la racionalidad dominante impone.

Pensar, a pesar de la educación, podría ser la superación de ese estado de sumisión derivado de la institucionalización del saber. Y es que esa cultura escolarizada, ha limitado las posibilidades de formar individuos independientes con un sentido de protagonismo social que les imprima una verdadera identidad y autonomía como dispositivos para el cambio social. Visto en clave foucaultiana, eso es lo que debe ser revertido pues, el itinerario de los cambios que requiere la civilización occidental a raíz de la decadencia ilustrada supone una racionalidad distinta que explore las posibilidades de nuevos caminos para la formación de un sujeto fuera de la

cárcel que terminó siendo el proyecto civilizatorio de la modernidad.

2.2. Morín: el sujeto pensante, el sujeto complejo

Edgar Morín, al igual que Foucault se mueve en ese mundo de las reconceptualizaciones y las revoluciones paradigmáticas. A nuestro entender, menos prolijo que su coterráneo, es, sin embargo, un apasionado del tema educativo y de la relación entre educar y pensar. Una premisa parece surcar, de norte a sur, de este a oeste, cada uno de los planteamientos de Morín cuando se le analiza en virtud de la relación entre educar y pensar: “educar es enseñar a vivir” (Morín, 2015). En ese libro que el autor, subtítulo, “Manifiesto para cambiar la educación”, su definición de “vivir”, pretende ser una conceptualización de la enseñanza. Visto así, para Morín, la educación moderna ha sido castradora del pensamiento y de la ilusión-emoción que representa aprender desde la vida. La escuela no puede enseñar a vivir, aunque sí puede preparar para reaccionar ante ciertas circunstancias de la vida.

2.2.1. Pensar desde la pedagogía

Podría decirse que Morín es menos suspicaz que Foucault cuando evalúa las falencias de la educación moderna y sus relaciones con el poder. Ciertamente hay una fuerte crítica contra el quehacer pedagógico que, en esencia, transmite verdades prefabricadas que poco fomentan la libertad de pensamiento. La escuela moderna, las relaciones entre maestros y alumnos, los mecanismos de enseñanza y aprendizaje, los instrumentos de evaluación están muy lejos de ser motivadores de la autonomía. Más aún, la cultura escolar en Occidente está llena de rasgos autoritarios que convierten a la institución escolar en una prisión más de la creatividad.

Sin embargo, desde el pensamiento pedagógico que estimula Morín, se reivindica esa visión humanista que coloca en el centro del debate educativo al estudiante con todo su ser. En las instituciones educativas debe fomentarse un aprendizaje que se autorregule y se autogenera. En todo caso, se trata de un aprendizaje para la vida, basado en la complejidad, en el entendido que “El término complejidad no puede más que expresar nuestra turbación, nuestra confusión, nuestra incapacidad para definir de manera simple, para nombrar de manera clara, para poner orden en nuestras ideas” (Morín, 1994:10).

Si se escudriña con atención estas palabras de Morín, debe considerarse que el pensamiento es una labor de esclarecimiento que se encuentra en permanente acción. No se piensa desde una vez y para siempre, se piensa toda la vida y para toda la vida, por lo que esa complejidad es inherente al acto de pensar y, también lo debería ser al acto de educar. Desde la pedagogía, puede considerarse que el paradigma cásico comenzó a hacer

aguas, una vez fue avanzando la visión constructivista de la enseñanza que substituyó, incluso este último término por la expresión compuesta enseñanza-enseñanza. Se cuestiona entonces la institucionalización del saber de la que nos habla Foucault, abogando por la instauración de un modelo pedagógico que abreva sus conceptos en la libertad de pensamiento.

En ese orden de ideas, la pedagogía no puede coartar los caminos individuales, limitar los talentos o encauzarlos hacia un solo tipo de desarrollo que, generalmente, obedecen a una lógica política y a un determinado programa gubernamental, avalado por un discurso del poder. La educación debe superar las prescripciones o adscripciones teóricas automáticas que lo que hacen es inmovilizar el conocimiento, en su lugar el acto pedagógico debe ser un acto de crecimiento creativo, desde el que cada persona, construya sus caminos para desarrollar su potencialidad ensayando caminos de convivencia con los demás pero sin minusvalía de su propio talento.

Ciertamente hay mucha resistencia al cambio en el ámbito educativo, ceder el protagonismo a los estudiantes es todo un reto para el pedagogo, pero es parte de la refundación de su praxis, es una necesidad, incluso epistemológica, ante la estruendosa caída de los paradigmas clásicos de las ciencias y la emergencia cada vez más notable de tendencias globalizantes y complejas. Para Morín esa propuesta de una pedagogía pertinente, requiere una concepción holística de la educación, en la que tienen que estar involucrados, el pensamiento y el descubrimiento (Lorenzon et al, 2019). Desde nuestra perspectiva, el pensar se convierte en sinónimo de descubrir, pero no como develamiento de lo que estaba oculto; más bien, como un acto creativo en el que el sujeto pensante, al tiempo que piensa, cuestiona su propio pensamiento.

2.2.2. Pensar la educación y el lenguaje desde la complejidad

Pensar desde la complejidad conlleva sortear las limitaciones que la vieja racionalidad científica impone. Supone, trascender los obstáculos que colocan las palabras cosificadas a partir de las formaciones discursivas que establecen los linderos de la verdad pedagógica. Ese discurso educativo en cuyo centro se erige la figura del docente como el enunciado desde donde se emiten, tanto el lenguaje como la estructura de la realidad que ese lenguaje permite. El pensamiento en clave compleja busca consolidar la concepción de un conocimiento que se re-crea constantemente, aun subvirtiéndolo el orden del discurso oficial. Por supuesto, hay una relación bidireccional entre lenguaje y pensamiento, es imposible pensar fuera del lenguaje y, cualquier expresión del pensamiento pasa por una construcción lingüística (Espinoza, 2016).

Para la complejidad, la educación y el lenguaje también coexisten porque no hay manera de construir o “deconstruir” la realidad sin intervención de las palabras y el lenguaje. No se trata de hablar sobre lo que se observa, eso sería una mera acción refleja, lo importante para el desarrollo del pensamiento es que los pedagogos utilicen las herramientas para despertar en los educandos la capacidad heurística de mirar detrás de lo que se nos muestra, tanto desde los discursos estandarizados como de los objetos educativos. Una educación auténtica, se logra en la medida en que se mueve y cambia y, “...debe forjarse desde lo incierto, lo indescriptible, lo no tan obvio” (Martínez et al, 2017: 34).

Ahora bien, desde la pedagogía clásica, se nos han inculcado una serie de verdades, lenguaje mediante, que terminaron convirtiéndose en certidumbres incuestionables, estáticas por demás. El pensamiento complejo interpela esas seguridades, las desecha, no sin antes valorarlas y, puede volver sobre ellas, pero con un nuevo armazón de palabras y prácticas que contextualicen y rearmen esas viejas certezas. Claramente, la educación moderna entra en crisis a mediados del siglo XX y desde allí se ha mantenido en una suerte de limbo epistemológico, que debería ser aleccionador. La crisis de la pedagogía tiene que traducirse, según Morín, en una formación para la incertidumbre, porque así es el mundo real o, al menos, aquello que se ha construido desde el lenguaje como, la realidad (Morín, 2015).

Entonces, cuando se forma para pensar desde la educación desde la complejidad, se debe restituir el lugar de un sujeto que piensa por sí mismo, pero no solo desde sí mismo. Es un sujeto que se restituye desde esa nueva racionalidad que, para Morín, como para Foucault, debe confrontar a la realidad, aunque esta se le resista. Es una racionalidad de nuevo tipo que revierte toda intención de instituir verdades, su razón de ser se mece entre lo abstracto y lo concreto; entre lo inédito y la experiencia. Esa racionalidad es, antes que nada, humanística, con una fuerte predilección por el sujeto que conoce pero que también siente, ama y se emociona con ese conocimiento.

Una pedagogía soportada en el pensamiento complejo abrevia los plazos de una formación para la vida. No es que se vaya a la escuela para luego poner en práctica ciertos conocimientos, cierto lenguaje técnico, en nuestras relaciones sociales. ¡No!, se va a la escuela y se aprenden un conjunto de palabras, un grupo de conceptos; pero la vida y la realidad a la que se refieren esas palabras, se encuentran tanto dentro como fuera de la institución escolar. En tanto, la connivencia, entre razón, es decir, conocimiento, lenguaje y vida tiene que ser constantemente revalorizado desde la pedagogía, para que la formación sea pertinente y oportuna.

Educar para la vida, se traduce en un esfuerzo pedagógico que debe luchar a diario contra la obsolescencia del conocimiento. Llega un momento en que lo que se aprende en la escuela y en las universidades se

vuelve estéril ante la realidad, este distanciamiento social del conocimiento y el hecho educativo es uno de los aspectos determinantes al momento de evaluar la idoneidad de lo que se enseña y lo que se aprende, es en todo caso inaceptable que el conocimiento se convierta en un prisionero escolar, que solo sirva para ser debatido intramuros puesto que lo transforma, no solamente en algo inaplicable, sino en un contrasentido social.

Una educación para la vida, supera al lenguaje pedagógico tradicional que, a pesar de haber incorporado las premisas del constructivismo, continuó y, continúa hoy día, reproduciendo prácticas y discursos reduccionistas en cuanto a la necesidad de pensar. Se impone un giro paradigmático que coloque a los educandos frente a la incertidumbre como punto de llegada más que de partida. Es el avivamiento de la complejidad como principio cultural que deviene creatividad y discernimiento, una especie de orientación teleológica que llevará al individuo más allá de los límites disciplinarios que suelen convertirse en camisas de fuerza, tanto empíricas como abstractas.

En ese proceso de liberación del pensamiento y complejización de la mirada “educada”, se activa el lenguaje como el instrumento que más puede convenir al poder, pero, también desde el que se le puede hacer más daño. La palabra está pensada para fundar, pero asimismo para derruir y, tanto lo sabe el poder, que utiliza el lenguaje como una de sus armas predilectas para lograr la sumisión social. Muchas veces las realidades solo son construcciones del lenguaje de las cuales el aprendiz no advierte su inexistencia, el pedagogo que se apoya en la complejidad desnuda los artilugios del lenguaje para reposicionarlo frente a la realidad y las subjetividades de quienes aprenden desde el uso de ese lenguaje.

Conclusiones

Este itinerario hermenéutico por los planteamientos que permiten una aproximación seria, pero también sensible a la vinculación entre la educación, el lenguaje, el poder y las formas de pensamiento en la sociedad actual, deja más inquietudes que certezas. No podía ser de otra manera, las fuentes principales de este estudio: Foucault y Morín, son maestros de la irreverencia intelectual, son especialistas en el cuestionamiento de las verdades absolutas, incluso de aquellas que por su naturaleza puedan considerarse relativas.

No obstante, metodológicamente hablando, una gran conclusión salta a la vista: el lenguaje, el poder y el pensamiento están zurcidos mediante fuertes hilos, con las formas que adopte la educación. En el caso de Foucault, por ejemplo, encontramos un grave enjuiciamiento a institucionalización del saber, y desde allí, a la réplica de un poder y un lenguaje sacralizado;

para este autor, la educación se constituye en reproducción del discurso dominante, es su fuente, pero además su desembocadura. Conclusión, hay que transformar la educación para que sus discursos se deslinden de formatos automatizantes.

En Morín, encontramos una preocupación más constreñida, pero, igualmente abrevada en el tema de la educación como el pivote central, alrededor del cual se componen y recomponen, el lenguaje, el poder y el pensamiento. Su propuesta es una visión compleja que restituya la imagen del sujeto pensante, el cual advierte un mundo global, aun cuando lo que este observando sea solo un fragmento de la realidad. Es ese sujeto que piensa trascendiendo lo concreto, elevándose sobre lo abstracto y, recomponiendo los retazos que ese proceso de pensamiento le deja, tanto para juzgar lo que ve, como para hablar de ello.

Saber y lenguaje, permanecen así en una convivencia simbiótica constante, que no por ello deja de ser controvertida y, a momentos, como no, contradictoria. En definitiva, la educación como dispositivo del cambio social en estos autores, emerge, entre otras cosas como: a) como una acción permanente de impulso para pluralizar el pensamiento; b) la formación para la incertidumbre como derivación de la pedagogía compleja; c) el perfilamiento para la vida, con sus racionalidades y sus emociones y; d) la construcción social y compartida del saber, desde la praxis discursiva y la experiencia concreta.

Referencias Bibliográficas

- ACOSTA, Felicitas. 2016. "Educar, enseñar, escolarizar: el problema de la especificación en el devenir de la pedagogía" En: Tendencias pedagógicas. Disponible en línea. En: <https://revistas.uam.es/tendenciaspedagogicas/article/view/2016>. Fecha de consulta: 12/01/2021.
- DIAZ, Reinaldo; NIETO, Libia; CABRERA, Martha; ZUÑIGA, Oscar. 2017. "El Poder en la obra de Michel Foucault" En: Saber, poder y nuevas formas de lucha en Foucault. Disponible en línea. En: <https://hemeroteca.unad.edu.co/index.php/book/article/view/1695>. Fecha de consulta: 10/02/2021.
- BETHENCOURT, María; AMODIO, Emanuele. 2006. Lenguaje, Ideología y poder. Disponible en línea. En: <https://unesdoc.unesco.org/ark:/48223/pf0000216707>. Fecha de consulta: 11/02/2021.
- CASTRO, Edgardo. 2016. "La verdad del poder y el poder de la verdad en los cursos de Michel Foucault" En: Tópicos. Disponible en línea. En: <https://www.redalyc.org/pdf/288/28849181003.pdf>. Fecha de consulta: 01/02/2021.

- CONFORTI, María. 2017. "Discursos, instituciones y saber en el pensamiento de Michel Foucault" En: *Universitas Philosophica*. Disponible en línea. En: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=409553054006>. Fecha de consulta: 11/02/2021.
- ESPINOZA, Jorge. 2016. "El lenguaje: entre el poder y la educación en México" En: *Ra Ximhai*. Disponible en línea. En: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=46146811024>. Fecha de consulta: 13/02/2021.
- FOUCAULT, Michel. 1970. *El orden del discurso y el discurso del orden*. Fábula Tusquets Editores. Buenos Aires, Argentina.
- FOUCAULT, Michel. 2002. *Arqueología del Saber*. Siglo XXI. México DF., Mexico.
- GUZMÁN, Marisa. 2014. "Sociedad y educación: La educación como fenómeno social" En: *Foro educacional*. Disponible en línea. En: <http://ediciones.ucsh.cl/ojs/index.php/ForoEducativo/article/view/856>. Fecha de consulta: 11/01/2021.
- ILLICACHI, Juan. 2014. "Religión, educación y subjetividades" En: *ALTERIDAD. Revista de Educación*. Disponible en línea. En: <https://www.redalyc.org/pdf/4677/467746089003.pdf>. Fecha de consulta: 11/12/2020.
- LORENZON, Adriane; ROMERO, Michelle. 2019. "Educación para la comprensión humana: desarrollo de la intersubjetividad desde la complejidad" En: *Revista Educação em Questão*. Disponible en línea. En: <https://periodicos.ufrn.br/educacaoemquestao/article/download/17095/11814/>. Fecha de consulta: 15/02/2021.
- MARTÍNEZ, Esther; VICUÑA, Carlos. 2017. "El pensamiento complejo en la educación. Aportes teóricos y reflexivos desde una mirada global" En: *CIEG*. Disponible en línea. En: [http://www.grupocieg.org/archivos_revista/Ed.2030\(33-42\)-MartinezEsther-VicunaCarlos_articulo_id340.pdf](http://www.grupocieg.org/archivos_revista/Ed.2030(33-42)-MartinezEsther-VicunaCarlos_articulo_id340.pdf). Fecha de consulta: 15/02/2021.
- MORÍN, Edgar. 1994. *Introducción al pensamiento complejo*. Editorial Gedisa. Madrid, España.
- MORÍN, Edgar. 2015. *Enseñar a vivir*. Ediciones Nueva Visión. Buenos Aires, Argentina.
- RODRÍGUEZ, Teófilo. 1995. "La Micropolítica Foucaultiana y la Práctica Escolar" En: *Usal*. Disponible en línea. En: <https://revistas.usal.es/index.php/1130-3743/article/view/3075/3106>. Fecha de consulta: 25/02/2021.

URRACO, Mariano; NOGALES, Gema. 2013. “Michel Foucault: El funcionamiento de la institución escolar propio de la modernidad” En: Anduli. Disponible en línea. En: <https://revistascientificas.us.es/index.php/anduli/article/view/3641>. Fecha de consulta: 25/02/2021.



UNIVERSIDAD
DEL ZULIA

CUESTIONES POLÍTICAS

Vol.39 N° Especial

*Esta revista fue editada en formato digital y publicada en octubre de 2021, por el **Fondo Editorial Serbiluz**, Universidad del Zulia. Maracaibo-Venezuela*

www.luz.edu.ve
www.serbi.luz.edu.ve
www.produccioncientificaluz.org